

PRÓLOGO

«Los nuestros son como caballos ligeros, que han de estar siempre a punto para acudir a los rebatos de los enemigos para acometer y retirarse y andar siempre escaramuceando de una parte a otra. Y para esto es necesario que seamos libres y desocupados de cargos y oficios que obliguen a estar siempre quedos.»

Ignacio de Loyola

Los jesuitas, a diferencia de otros religiosos, no tienen una vocación determinada en un campo concreto como pueden ser la educación o la salud. Su preocupación apostólica fue prioritaria y, a ella, subordinaron componentes como ritos, ayunos o plegarias y devociones de la vida religiosa que eran común en sus reglas fundacionales. De esta forma, utilizaron los medios naturales como instrumentos activos para la mayor gloria de Dios. Su finalidad era la vida activa en el sentido más amplio. En palabras del padre Ricardo García-Villoslada, Ignacio transformó el *Opus Dei* medieval en el *Opus Animarum* renacentista. Los jesuitas debían vencerse a sí mismos para reordenar la vida interior y cumplir después con la voluntad de Dios. Siglos más tarde, el santanderino padre Fernando de Huidobro y Polanco hizo lo mismo que sus antecesores del «Siglo de oro». En verdad, sólo un verdadero jesuita podía ganarse el afecto de aquellos rudos legionarios y ser admitido como uno más.

El padre Fernando de Huidobro y Polanco fue jesuita y capellán de la Bandera «Cristo de Lepanto» IV de la Legión en los primeros meses de la Guerra Civil Española. El 11 de abril de 1937 murió en un puesto de socorro de las cercanías de Aravaca tras ser alcanzado por un proyectil de artillería mientras asistía a los heridos. Sin embargo, los testimonios posteriores de quienes le conocieron son los que le sacaron de su cómodo anonimato al reconocerle como un modelo a seguir, abriéndole las puertas del proceso de su beatificación el 19 de noviembre de 1947 por parte de la Compañía de Jesús. El contexto de su muerte en la Guerra Civil, la posterior Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría congelaron muchos casos similares para, así, evitar posibles complicaciones de índole política. Por el contrario, siguiendo al sociólogo y filósofo polaco Zygmunt Bauman, el momento actual de modernidad líquida exige modelos firmes y enteros en una sociedad con muchas contradicciones. Es ahora, en nuestro más rabioso presente, cuando el padre Huidobro ha de cobrar una dimensión evangélica, limpia de interpretaciones perdidas en el ocaso del siglo XX.

El padre Huidobro fue un refugiado que vivió su exilio en Bélgica cuando los jesuitas fueron expulsados por la legislación anticatólica de la II República que obligó a, primero, su traslado a la localidad belga de Marneffe, donde continuó sus estudios teológicos, y, en segunda instancia, a la ciudad holandesa de Valkenburg. Una vez finalizada la carrera de Teología, completó sus estudios académicos en Berlín en 1934 y, más tarde, en la ciudad de Friburgo, donde preparó su doctorado bajo la tutela del prestigioso profesor Martin Heidegger para doctorarse un año después en la Universidad Complutense de Madrid con el reconocimiento académico de insignes figuras como Julián Besteiro.

El inicio de la Guerra Civil Española el 18 de julio de 1936 sorprendió al padre Huidobro en la localidad belga de Les Avins donde pretendía reanudar su labor como docente. Los

acontecimientos de España encendieron la mecha que prendió la llama de muchos de los exiliados y sus espíritus vocacionales de volver para recuperar su Patria. La continua y sangrienta persecución religiosa que tenía como objetivo desarraigar la fe del suelo español, paradójicamente, iba a provocar que los jóvenes sacerdotes quisieran sembrar en una tierra martirizada: la suya. Como otros compañeros, escribe al General de la Compañía de Jesús, Włodzimierz Ledóchowski, hijo de un país, Polonia, que había desaparecido durante 123 años, y experto en las tormentosas aguas de la política internacional del período de entreguerras. Aunque se le intenta disuadir de su propósito por su prometedor porvenir como filósofo, sus profundos conocimientos jurídicos y el manejo de la lengua alemana, el joven sacerdote sigue el vibrante ejemplo de un jesuita fallecido en la Primera Guerra Mundial, el padre irlandés William Doyle S. J., capellán militar de los *Royal Dublin Fusiliers* durante la Gran Guerra. En poco tiempo, sus cartas y escritos espirituales iban a convertirse en tema de conversación del mundo jesuítico de la década de 1920, moviendo el espíritu de millares de personas, como Santa Teresa de Calcuta o San Josemaría Escrivá de Balaguer. La búsqueda de conciliación, la ayuda al herido en primera línea del frente, sin diferenciar a los caídos, y la entrega íntima, llegando a ofrecer a Dios su propia vida por los males de la humanidad convirtieron al padre Doyle en referente, con escenas vitales e incluso palabras, que se proyectarán en el propio padre Huidobro dos décadas después. Como en el caso y objeto que nos ocupan en esta obra del doctor y antiguo caballero legionario Emilio Domínguez Díaz, la causa de beatificación del capellán irlandés se abrió el 27 de octubre de 2022, un par de años después del nuevo impulso y reapertura de la del jesuita español.

El comportamiento como capellán castrense del padre Huidobro siguió un espíritu fiel al fundacional de la Compañía de Jesús y al paradigma del sacerdote irlandés. Esas bases le llevaron a conquistar el corazón de sus legionarios, de sentir la Legión, cuerpo de asalto con un espíritu propio de lucha en el que el sacrificio de la propia vida, el deber cumplido y la camaradería forman parte de la esencia de una familia espiritual única y difícil de comprender sin pertenecer a ella. Aquellos hombres de pasado olvidable habían recuperado su dignidad humana gracias al espíritu de cuerpo de su unidad y al poder unificador de su Credo Legionario. El padre Huidobro, con su imagen de sacerdote instruido, era, en apariencia, lo más alejado de aquellos guerreros. El candado para entrar en sus vidas sólo tenía una llave, la del valor, esa capaz de abrirlo al acompañarles en la vanguardia con arrojo y acometividad, acudiendo a los lugares más expuestos y ofreciendo su toque humano a los centinelas pertrechados en las trincheras. Y allí estaba, donde la muerte elegía de manera aleatoria a sus nuevas presas, auxiliando a combatientes moribundos sin la dura coraza forjada por la dureza de pretéritas experiencias. Allí, acompañando las almas de bravos infantes que, aproximándose a su páter, iban sensibilizándose hacia Dios con un creciente número de comuniones y confesiones entre los componentes de su Bandera.

Así, la transformación de aquellos hombres debido a la labor de su capellán no fue su única labor, sino también la necesidad de humanizar un conflicto que, por su propio origen, se había convertido para muchos en una guerra de exterminio con asesinados en la retaguardia contraria. Sin embargo, el padre Huidobro apeló a la tradicional e histórica caballería española, la de combatir sin odio y eliminar el deseo de venganza. Sus escritos se divulgaron por las trincheras entre oficiales y soldados mientras él mismo practicaba lo que predicaba cuando corría o reptaba en busca de almas que precisaban un último auxilio espiritual. No

pocas veces volvió a su puesto con heridos del otro lado a los que no les faltó su compañía o una confesión antes del último aliento. Además, se atrevió a escribir en contra de acciones y represalias que no hacían más que ennegrecer las almas propias impidiendo el ejercicio de reparador consuelo previsto con el enemigo.

Unos días antes de su muerte, el padre Huidobro escribía a su hermano, jesuita como él, una carta en la que hacía visible la calidad de su alma después de haber realizado sus últimos votos en Villafranca de los Barros, Badajoz. En ella, de forma semejante al padre Doyle, había hecho entrega voluntaria de su vida por el fin del conflicto y la recuperación de su amada Patria.

El ejemplo del padre Huidobro visualizaba el compromiso de decenas de jesuitas que sirvieron como capellanes castrenses; en concreto, los de la provincia de Toledo, que asumieron la dirección espiritual de las Banderas legionarias:

- P. Ignacio García Martín, I Bandera de la Legión.
- P. Fernando de Huidobro, IV Bandera de la Legión.
- P. Ramón Allendesalazar, VI Bandera de la Legión.
- P. Manuel Marín Triana, VII Bandera de la Legión.
- P. Antonio Echeverría, VII Bandera de la Legión.
- P. Pedro María Ilundáin, VIII Bandera de la Legión.
- P. Hermenegildo Val, IX Bandera de la Legión.
- P. José Caballero, X Bandera de la Legión.
- P. David Fernández, Suplente de las I, VI y VII Banderas de la Legión.
- P. José L. Gómez Acebo, Suplente de la VII Bandera de la Legión.
- P. Pablo Soler, Suplente de la VIII Bandera de la Legión.
- P. Fernando Delgado, Suplente de las VII y X Banderas de la Legión.

La entrega de todos estos capellanes iba a verse recompensada con numerosas condecoraciones y puntuales menciones que, sin duda, demuestran la ejemplaridad de su compromiso con España y la Compañía de Jesús en el cumplimiento de una abnegada tarea en pos de la estela, valores y virtudes del padre William Doyle en aquellas cruentas batallas del frente francés durante la Primera Guerra Mundial y, ¡cómo no!, el mensaje de San Ignacio de Loyola.

Doctor D. José Luis Orella Martínez
Profesor titular de Historia Contemporánea
Universidad CEU San Pablo

INTRODUCCIÓN

No están los tiempos para la lírica, la mística y el refugio de aquel pasado que, según el narrador, pudo haber sido mejor que la injusta, infame e indigna realidad que nos asola en nuestro entorno y cotidianidad. Para gustos, los colores o, ¿por qué no?, las diversas etapas de una vida con idas y venidas, pros y contras, luces y sombras.

Basta echar mano de las estadísticas; también de las que disfrazan u ocultan cifras que, conocidas, supondrían el enésimo quebradero de cabeza para los que rigen nuestros designios a nivel nacional e internacional, expertos en el arte del trile a la hora de condicionar números con el sibilino fin de evitar sustos adicionales a una población y a una sociedad acostumbradas a vivir en el filo del abismo, en el alambre del miedo con continua incertidumbre, permanente zozobra y temores hasta hace muy poco desconocidos.

Sin embargo, en este oceánico mar de dudas, en esta extensa tierra de penumbras, todo tiene solución excepto la muerte. Es cuestión de tener fe, de recurrir a nuestras fortalezas, de camuflar las debilidades, de recuperar la esperanza y, así, obrar en consecuencia para superar obstáculos y destruir los esperpénticos fantasmas de un presente condicionado en sus relaciones afectivas y, progresivamente, más alejado de la alegría de una sonrisa.

Por un lado, está el camino de la inmediatez, esa a la que nos obliga la velocidad de vértigo de nuestro día a día y los «salvadores» ofrecimientos, de todo tipo y condición, en vanos intentos de resolver entuertos, gestionar el futuro, promover la autoayuda, atravesar difíciles trances o, incluso, cambiar la personalidad u otro aspecto otorgado por la sabia naturaleza. La meta, pues, es virtualmente convertirte en un supuesto y potencial líder de masas o, venido al caso, en el exclusivo ídolo de uno mismo una vez que la persistente adversidad ha provocado el abandono de valores, virtudes o, incluso, el sentido común. En esos derroteros andamos, en busca de una bandera blanca que pueda darnos suficiente aire, un respiro, con una consoladora tregua capaz de apaciguar los envites del Mal.

Desgraciadamente, todo aquello que nos dejó ya marcha hacia un exilio cuyo destino queda lejos de nuestras perspectivas reales en ausencia de la luz que ilumine nuestro camino y la brújula que guíe nuestros pasos en este errático mundo actual que, vagabundo, parece haber perdido sus puntos cardinales.

Por otra parte, referentes; precisamos símbolos, perfiles, ideas, personajes o individuos capaces de hacer saltar la banca actual repleta de imposiciones y cortapisas, de corrientes e ideologías que, como la *woke*, pretenden disolver tradición y cultura con la particular excusa de un despertar cuyo objetivo es, si cabe, generar una mayor fracción social de la que ya «disfrutamos».

Y, a ciencia cierta, es el cometido de estas páginas: la búsqueda de un héroe, de un individuo icónico, de aquel héroe de almas legionarias, de aquel páter de la concordia, de aquel capellán de la conciliación, de aquel abnegado «curita» cuyo ejemplo marcaría la vida de tantos hombres y mujeres en aquel triste episodio de la Historia de España, nuestra maldita y fratricida Guerra Civil Española.

Si, como exponíamos al inicio, no son buenos los tiempos que corren para exhibir profundos sentimientos, reflexionar con calma, fomentar la verdad, canalizar el pensamiento crítico y realizar ejercicios prácticos de heroísmo ahora que el villano ha sido elevado a los altares por aliados como el rencor, la sinrazón o las ideologías; ahora, pues, es el momento de recuperar la ejemplar figura del padre jesuita D. Fernando Huidobro Polanco.

Puede que se trate de una causa o apuesta personal, no lo niego, pero también es una causa justa y necesaria, como las oraciones pidiendo por su beatificación, para, con el reflejo de sus continuos destellos y múltiples ejemplos de humanidad, hallar el equilibrio perdido como consecuencia del *tsunami* de odio, la sobredosis de discordia, el relativismo y la polarización que rigen nuestro mundo, la incertidumbre que respiramos, los amaneceres que anuncian un nuevo día, los ocasos que preceden a la vigilia y la, por muchas razones, cada vez más desvanecida esperanza de alcanzar nuestros sueños.

POESÍA: UN CAPELLÁN EN EL FRENTE

Un capellán en el frente

Vivaz y eléctrico zigzaguea en la trinchera,
cruz al pecho con sufrimiento y dolor,
socorro y auxilio sin reparar en el color,
presto y dispuesto para esa última espera.

Entre los heridos busca un último aliento,
entre caídos por España, una plegaria,
cuando no ejerce en labor sanitaria

raudo, ligero y veloz como el viento.

Es un entregado capellán de la Legión,
devoto de Dios, a una causa: su Compañía;
pálido y débil es Huidobro esa mañana fría,
ajeno a la cruel guadaña, al dolor de la lesión.

«¡Curita!» le llaman sus perplejos legionarios,
bregados, curtidos en una y otra batalla,
hinchidos de valor en esta guerra canalla
con trágicos e infames sucesos diarios.

Sufre, reza, concuerda, concilia, ama
a los suyos, al prójimo, a tropa y oficiales,
humildad y alegría, sus puntos cardinales,
disciplina y oración en tan siniestro drama.

Un obús, un proyectil, un certero disparo,
naturaleza, tierra y hombres fundidos,
por la poderosa voz del Padre reunidos,
ahora, la Casa de Campo queda sin amparo.

Callan los pájaros, se para el día, huyen las ardillas,
plantas, caminos y árboles lloran la ausencia
por su defunción en funesta sentencia,
por el vacío del germen de sus semillas.

Sangran las fuentes en este majestuoso paraje;
luz, agua y vida cavan su propia tumba
en un mundo en ruinas que se derrumba
abandonado a su suerte en este postrer viaje.

Claman los vivos, aplauden los muertos,
una insigne figura deja la vida terrenal
en este súbito pero anhelado momento final,
abatido, derrumbado, rodeado de cuerpos yertos.

Ya no hay primavera, se hiela la estación;
las flores, en retirada, anuncian su despedida
sintiendo la aflicción de una nueva herida,
muriendo ante el poder de la perdición.

Jesuita, sacerdote y páter de la concordia,
de almas quebradas y rudos corazones,
de grandes pasiones y fuertes emociones,
héroe infinito en combate con la discordia.

Inclemente rival de la vil y cruel polarización,
enemigo de la falacia, de la mentira latente,
tenaz en la constante verdad de su simiente,
ejemplo de una causa para la beatificación.

Emilio Domínguez Díaz